



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 27. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Julio 1877. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVII.

SUMARIO.

Revista de modas, por Joaquina Balmaseda.—Trajes para viaje.—Paletot con manga-esclavina.—Cubre-pollo.—Vestido princesa para niña.—Trajes elegantes de la estación: Vestido con túnica ligera.—Vestido para casino.—Vestido inglés para niña.—Vestido con túnica para jovencita.—Vestido con cola recogida para señora.—Traje para baile.—Vestido para soirée.—Traje nupcial.—Trajes para niños: Vestido breton para niña.—Traje de casa para señorita.—Traje completo para niño.—Marco para fotografías.

Nuestros patrones, por Emilia.—LITERATURA: Estudios de mujer, por Honorato Balzac, traducción de Jacinto Labaila.—Recuerdo, poesía, por Eduardo Briant.—Versos para abanicos, de Teodoro Guerrero.—Madrigal, por E. Cortázar.—Inspiración al leer la tragedia *Safo* de D. Víctor Balaguer, por Luisa Durán de Leon.—Una familia de artistas, por Faustina Saez de Melzar.—La casa de vecindad, por Miguel Martínez Ginesta.—Charadas.—Correspondencia.—Explicación del figurín.

REVISTA DE MODAS.

La animación en los puertos es extraordinaria, y las bellezas más distinguidas y los atavíos más caprichosos se extienden en variado panorama por nuestras playas del Norte, ó atravesando el Bidasoa van á respirar las brisas de Biarritz ó San Juan de Luz. Muchos y bellos trajes se han hecho para estas expediciones, en las que debería presidir la comodidad, la sencillez propia de la vida campestre; pero la mujer de buen tono lleva siempre consigo sus exigencias: lo mismo en espléndidos salones que al encontrarla en prados silvestres, en ascensiones á las montañas ó en lucha con las olas, se admira en ella ese perfume de distinción, ese sello de buen gusto que la separa en todos casos y ocasiones de la mujer vulgar.

La túnica princesa sigue ocupando el primer lugar en el campo de la moda; pero no creáis que tiene ya la tiranía de ser absoluta: el traje breton le robó ya una parte de su dominio, siendo muchos los vestidos de esta hechura que se admiran con más ó menos carácter, porque á veces la profusión de adornos mata el estilo. No recarguéis demasiado de botones, volantes y recogidos estos vestidos, que destinados al campo, y recordando los que usan las campesinas de un departamento agrícola de la Francia, deben tener por base la sencillez. Pero no es del vestido breton, ya descrito y minuciosamente detallado antes de ahora, de lo que quería hablaros, sino del cuerpo-blusa y cuerpo á la virgen, que se presentan á disputar el cetro de la moda á la túnica de líneas severas.

El cuerpo-blusa es para trajes de poca pretension, para vestidos de viaje y campo, correspondiendo á las telas de lanillas, percales, Oxford y demas que no puedan considerarse de lujo. Los grabados 19 y 20 de este mismo número



1. Paletot con manga-esclavina. (Patron de los modelos 1 y 11, figs. 5 á 9a.)

1 Á 3. TRAJE PARA VIAJE.  
3. Vestido Princesa para niña. (Pliego por el derecho, núm. 11.)

2. Paletot cubre-pollo para señora.

presentan uno de estos cuerpos-blusa, plegados en tablas por la espalda, y montada ésta á un canesú, como algunos vestidos ingleses de los niños: de la cintura sujetan las tablas una presilla, y los delanteros se hacen lisos, cerrados á un lado ó abiertos en solapa, como le presenta el mismo grabado. Correspondiendo á este cuerpo-blusa para trajes de diario, está el cuerpo á la virgen, para trajes de vestir, hechura muy preciosa, sobre todo para jovencitas: es el cuerpo que se usaba hace veinte años, de muchos y ordenados frunces en el cen-

tro del pecho y espalda, formando un abanico al repartirse el vuelo en los hombros. Ya los he recomendado como una novedad que aparecía en lontananza, estos cuerpos que hacen talles ideales; pero hoy puedo con más seguridad afirmarlos que tienen numerosas partidarias, y en breve se verán reproducidos en numerosos ejemplares. Las más tímidas para aceptar novedades han empezado por adoptar rizado el centro de la espalda y pecho de una túnica ó un vestido princesa, arreglo á que se prestan muy bien las túnicas actuales, que admi-

denes de fleco sobre el bavolet de paja ó de crin, y el pájaro del paraíso á un lado del fondo, extendiéndose por todo el sombrero, que, si es de paja negra, resulta de feliz combinacion. El sombrero redondo, más generalizado, tiene algo del *farishborough* del año anterior, aunque con menos profusion de adornos. El *batelera* de paja de Italia es muy coqueton con sus flores silvestres, y parece el adoptado para las jóvenes. La capota es siempre el sombrero de vestir, y las bridas de tul ó de gasa la completan.

ten el centro hasta de color contrario: pues bien, esta pieza del centro, postiza, se hace llena de frunces transversales, sujetos por detras con cordones ó cosidos á un forro liso, bajando por delante y por detras, bien hasta el término de la túnica, bien hasta 20 ó 25 cents. del talle, donde cortan su monotonía echarpes ó recogidos de la misma túnica; pero las señoras atrevidas, las que adoptan una novedad con todos sus inconvenientes, prefieren el verdadero cuerpo á lo virgen, con cintura redonda y cinturón con hebilla. En esta hechura he visto, para una joven de nuestra aristocracia, un traje de seda azul con volantitos deshilados que parecían plumas, cinturón redondo y fichú de crespon azul sujeto con rosas té. El sombrero, una verdadera nube azul.

Lo importante de la cintura redonda es que puede señalar una revolucion en el campo de la moda; ahora, que los vestidos se distinguen por sus líneas severas, y las figuras por su estrechez, los talles redondos y fruncidos amenazan producir un verdadero trastorno. No obstante, la revolucion se irá verificando poco á poco, pacíficamente, como ahora decimos, porque hay muchos intereses creados á la sombra de la hechura princesa, y hemos de defender nuestras propiedades: además, no habrá hechura capaz de vencer á ésta en majestad y distinción.

Los sombreros son un detalle importante en todo tiempo, y sobre todo en esta época del año: á lo dicho respecto á ellos, añadiré que las plumas atenúan la lluvia de flores que habia descendido sobre nuestras cabezas. Plumos de avestruz, marabout, pájaro del paraíso, todas éstas se disputan el privilegio de engalanar nuestros sombreros: las dos últimas se destinan sobre todo á sombreros cerrados, esto es, con bridas, y el marabout suele disponerse en dos ó tres ór-



Voy á terminar estos apuntes consagrando algunas líneas al traje de baño, que, aunque sujeto á poca variación, tiene siempre alguna novedad que le imprime el sello del año á que pertenece. Los de este año tienen, como era natural, carácter *breton*, porque la moda, como toda niña mimada, es despótica, y cuando tiene un capricho nos le impone de todas maneras. El traje breton para baño se compone, como el de los años anteriores, de calzon, blusa, zapatillas con coturno y cofia de hule para el pelo. El modelo que he recibido en este gusto, y que voy á tratar de describiros, se compone de una blusa de sarga azul-marino con la espalda plegada y montada á un canesú, y los delanteros lisos, ó sean de forma princesa con escote cuadrado; cintas ó trencillas blancas guarnecen el escote y bajan por delante figurando el escapulario ó peto postizo, en el que va bordado con blanco el simbólico corazón: terminan la manga corta y el calzon un volantito casi estirado y ribeteado á ondas con cinta blanca. Cinturon-faja de lana blanca anudado más bajo del talle y á un lado, y zapatillas blancas con escarpela y coturno azules. Cofia-redecilla de hule de seda con ruche azul, y otra más estrecha blanca en el centro. El pantalon es muy holgado de arriba y se sujeta con un boton al costado izquierdo.

JOAQUINA BALMASEDA.

## EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

## 1 Á 3. TRAJES DE VIAJE.

1 y 2. *Paletot con mangas-esclavina*. (Cubre-pollo.)—(Patron: en el pliego por el derecho, núm. II, figs. 6 á 9.)

La forma y adorno de este abrigo son excesivamente cómodas y puede hacerse en cheviot, waterproof, batista de lana ó alpaca: el adorno es un plegado de 18 cents. de ancho, pegado con diferentes órdenes de pespunte, lo cual exige una tira de forro bastante doble para que las hileras de pespunte se marquen bien. El croquis que acompaña al patron indica claramente la manera de unir las piezas, y la manga-esclavina se fija uniéndolas letras correspondientes: un dobladillo estrecho ó un ribete de trencilla sostiene la bocamanga; los botones y ojales van indicados en la fig. núm. 8, y el cuello se hace en tela doble, forrando la parte de los delanteros donde van los ojales y botones, para dar á éstos seguridad; bolsillos cuadrados. Vestido de alpaca gris oscuro y sombrero de paja negra con bridas ó sin ellas.

3. *Vestido princesa para niña*.—Un feston, encaje de crochet ó pequeño bordado, adorna el volante, biéses, bolsillo y mangas de este encantador vestido de percal: en las costuras del costado van sujetas las puntas del echarpe de percal liso, y botones y ojales cierran la túnica por detras. Sombrero de paja gris con cintas del color del vestido.

## 4 Á 11. TRAJES ELEGANTES DE LA ESTACION.

4. *Vestido con túnica ligera*.—Sobre un vestido de seda claro con volante bullonado va una túnica de granadina ó tul bordada de felpilla; la espalda, muy corta, termina por un doble paño de granadina lisa dos veces recogido, y flecos de seda y felpilla completan esta elegante túnica, combinados con lazos de cinta y pasamanería. Un lazo sujetando el fleco adorna la manga semilarga del vestido. Esta túnica puede hacerse en muselina blanca con plegados y entredoses bordados en tul.

5. *Vestido para casino*.—Es un vestido princesa de seda color claro con biéses cuádruples que cruzan por delante, suben hasta la abertura oblicua y figuran cenefa por abajo; el fichú, formado por entredoses y encajes con biéses ó vivos de color, va rodeado de un plegado de crespon liso, continuando por la abertura del vestido, un rizado de encaje en conchas. La manga corta va reemplazada por un encaje fruncido de 8 cents. de ancho.

6. *Vestido inglés para niña*.—(Patron: en el pliego por el revers, núm. XVII, figs. 15 á 55.)

Este modelo, hecho en muselina ó nanzouk, se abotona por la espalda, y le adornan entredoses bordados y volantes. Lazo de cinta de faya con echarpe igual y más ancho: el patron exacto lo presentan los números indicados, y se completa el traje con un paño al hilo de 104 centímetros de ancho. Las mangas cortas y la guarnición del escote son un entredos con encaje al borde. Limosnera de batista plegada y encaje.

7. *Vestido con túnica para niña*.—(Patron: en el pliego por el revers, núm. XIII, fig. 40.)

La falda, de tela de lana lisa, lleva un plegado con doble pespunte de 11 cents. de ancho, descansando sobre un encaje de hilo. El croquis que acompaña al patron dá las medidas exactas para la túnica, cerrada por detras con botones hasta 18 cents. más baja del talle.

El lazo de la túnica y biés son de seda de otro color; el adorno de la manga corresponde al resto del traje.

8. *Vestido con cola recogida*.—El traje, de forma princesa, lleva por detras un paño al hilo recogido en grandes conchas: el modelo presenta el traje de faya negra y la túnica de granadina con plegados.

9. *Traje para baile*.—El adorno de plegados y ruches combinados con guirnalda de flores conviene sobre todo á vestidos ligeros de tul ó tarlatana; los plegados de la falda tienen 9 cents. de ancho y van dobladillos, cayendo uno sobre otro, y separados en series por ruches de 6 cents. rizadas por el centro. La draperie ó echarpe la forman dos paños de 60 centímetros de ancho por 10 de largo, fijadas á la cintura y anudadas sobre la falda. El cuerpo rizado es muy gracioso para jóvenes y personas delgadas, disponiéndole sobre un forro liso. Un encaje de 4 cents., vivos y cinturón de raso de color y guirnalda de flores completan el vestido.

10. *Vestido princesa para baile*.—Puede hacerse en muselina, tul ó gasa, adornándole entredoses y encajes colocados en biés; el cuerpo, escotado en pico, repite el mismo encaje, así como las mangas de pequeño farol.

11. *Traje nupcial*.—(Patron y explicacion en el pliego por el derecho núm. I, figs. 1 á 5.)

Este vestido, de faya blanca, abotonado á un lado, se adorna de gran ruche, que guarnece toda la falda y sube por detras á terminar con un lazo. Velo de tul céfiro, hecho de tul, de tres metros de ancho, que debe caer por delante hasta pasar del talle, y por detras hasta el borde del vestido, redondeando las puntas despues de colocarlo. Corona, ramo y adornos de flor de azahar.

## 12 Y 13. DELANTALES PARA NIÑAS.

(Patron y dibujo en el pliego por el revers, núm. XIX, figs. 61 y 62.)

La línea de la fig. 61 indica la colocacion del adorno figurando chaleco, como muestra el delantal número 12. El bordado se ejecuta con algodón de color ó blanco sobre tela cruda y serpentina del mismo color. El peto del delantal núm. 13 termina bajo la cinturilla bordada, y el otro lleva el chaleco figurado por tira bordada como la que guarnece el delantal.

## 14 Á 16. TRAJES PARA NIÑOS.

14 y 15. *Vestido breton para niña*. (Patron: en el pliego por el revers, núm. XII, figs. 42 á 45.)

Este lindo traje se hace en percal color de rosa, adornado de tiras bordadas en batista. La falda tiene 80 centímetros de largo por delante y 85 por detras, cortada con paño nesgado por delante, una nesga á cada lado y paño al hilo por detras de 80 cents. de ancho; plegados adornan el bajo de esta falda. Túnica bretona, cerrada al lado por botones y ojales; la tela para los pliegues se añade siguiendo las indicaciones de los puntos del patron, y no se arma la túnica hasta tenerlos hechos y sujetos sobre el forro liso; en el talle los sujeta una presi-lla.—El adorno de la túnica, de guarnicion bordada, figura por delante plaston postizo; botones recogen la túnica alrededor.

16. *Vestido para niño*. (Patron: en el pliego por el derecho, núm. IV, figs. 12 á 19.)

Puede hacerse este traje en paño ligero ó alpaca, y se adorna con galon ancho y botones de pasamanería. El calzon, forrado de lustrina, se guarnece del mismo galon y se reunen las dos piernas despues de hechas aparte. Los botones y patas para los ojales se hacen por el sistema ordinario. La chaqueta se ciñe del talle con cinturón.

## 17 Y 18. MARCO PARA FOTOGRAFÍAS.

La guirnalda núm. 18 se borda al pasado sobre piel ó faya, bien en colores, bien en el mismo del fondo más claro; despues de bordado se ajusta perfectamente al marco de madera, cuyo óvalo se habrá dibujado ántes, y se sujeta por detras con papel engomado.

## 19 Á 21. TRAJE PARA CASA CON CUERPO-BLUSA.

(Patron: en el pliego por el revers, núm. IX, figs. 29 á 37.)

El cuerpo-blusa se completa con la camiseta núm. 21. Los núms. 19 y 20 muestran el mismo traje de dos distintas telas: el primero de Oxford á cuadros, y el segundo en percal liso y percal rayado. La espalda, fruncida, se pega á un canesú, y por delante el cuerpo vuelve en solapas forradas de la misma tela y guarnecidas de pequeño volante. El camisolin interior núm. 21 puede ser de tela igual ó de nanzouk blanco. El cordon ó cinta que sujeta el cuerpo en el talle se pasa por una jareta interior, colocando encima un echarpe que se anuda por detras; este echarpe tiene 260 cents. de largo por 15 de an-

cho. Este cuerpo se completa con doble falda ó con sola una falda nesgada de adelante, y con cola pegada á frunce con cabeza por detras.

JOAQUINA BALMASEDA.

## NUESTROS PATRONES.

(Continuacion.)

PARA FACILITAR LA REUNION ENTRE SÍ DE TODAS LAS PIEZAS DEL PATRON.

Cada pieza (que es una figura) lleva cifras que concuerdan exactamente con las de la otra pieza (otra figura), á la cual debe unirse, de modo que la cifra 1 de una pieza (figura) debe ponerse sobre la cifra 1 marcada sobre la otra pieza (figura). De igual manera se juntan las letras iguales, por ejemplo, A con A, B con B, etc.

## FORMACION DE LOS PLIEGUES.

Una X indica siempre el sitio que ocupa la parte superior del pliegue, mientras el sitio inferior va marcado con un punto.

Para evitar las equivocaciones, si hay que hacer pliegues en diferentes parajes sobre el mismo patron, las cifras marcan la union de las cruces y los puntos, de modo que se fija cruz  $\left(\frac{+}{1}\right)$  sobre punto (1) cruz  $\left(\frac{+}{2}\right)$  sobre (2), etc.

Los pliegues sencillos se marcan alternativamente con cruces y puntos. Para las tablas sencillas ó dobles, el espacio que media entre dos cruces vecinas forma la superficie de dicha tabla. Si hay muchas tablas seguidas, sucede muy á menudo que dos líneas exteriores se encuentran sobre el mismo punto; en este caso, las dos cruces de las tablas exteriores y el punto en el intervalo van marcados con las mismas cifras, de modo que, por ejemplo, se reunen las dos cruces que llevan las cifras 6 y 7 sobre el punto 6—7.

## PATRONES DOBLADOS.

Los patrones que por su gran tamaño no es posible trazarlos enteros sobre el pliego, se doblan una, dos y hasta tres veces, segun lo exijan sus dimensiones.

Las partes dobladas, lo mismo que las líneas que indican la mitad de un objeto que debe cortarse por entero, poniendo la tela doble, van designadas con una línea compuesta de pequeños trazos (---), y además por algunas palabras explicativas.

Hay dos maneras para sacar la parte doblada de la hoja de patrones:

1.<sup>a</sup> La parte doblada se calca por separado, y se corta añadiéndola despues á la parte principal del patron, que se habrá calcado y cortado tambien por separado. Despues de haber pegado las dos partes la una sobre la otra con algunas puntadas, y comprobado si están bien, se procede á cortar la tela sobre el patron que acaba de completarse.

2.<sup>a</sup> Se calca primero la parte principal del patron, despues de lo cual se calca sobre el mismo pedazo, y seguidamente la parte doblada, cuyos contornos, por este procedimiento, se hallan al lado opuesto de aquel en que ha sido calcada la parte principal.

Algunas suscriptoras nos han escrito preguntándonos si deben poner la tela doblada sobre las partes dobladas. Nada de eso. Esas partes dobladas no hay que buscarlas fuera del pliego, pues el patron está completo sobre él. Las partes dobladas van marcadas por líneas, como todo lo demas del patron, y las rayas (---) sólo indican el lado por donde debe añadirse dicha parte doblada al trozo principal.

Por lo tanto, no nos cansaremos de repetir que primero deben sacar el trozo principal, despues buscar las líneas que indican la parte doblada y cortarla tambien. Cuando se hayan sacado los dos pedazos, se verá hacia dónde estan las rayas (---), y por aquel lado se unirá la parte doblada al patron.

(Se continuará.)

EMILIA.

## RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de Correo á esta Administracion, para recibirla franca de porte.





Pl 325.

EL CORREO DE LA MODA.  
*Periodico ilustrado para las Señoras.*

Plaza de Isabel II<sup>a</sup>, 2, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



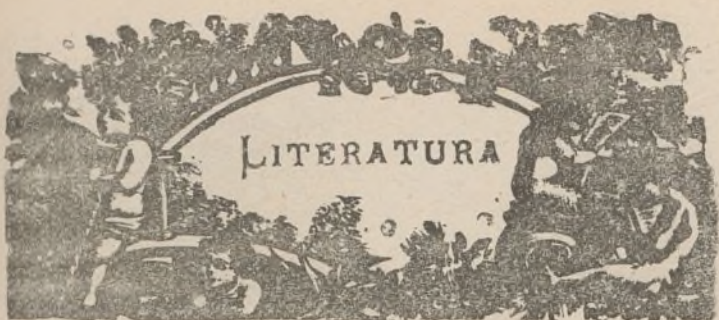
P

La n  
cadas  
ne rec  
puesta  
permi  
con la  
tante  
los de  
tante  
tumb  
si exis  
cálcul  
marqu  
seguir  
cion d  
garla  
seis a  
mujer  
las le  
insig  
son n  
canza  
no co  
vicio  
mism  
sa po  
ceptil  
hacen  
que e  
pleta

Pa  
en m  
tuosa  
rias?  
geran  
cio, y  
que,  
nes d  
los d  
de fa  
llado  
quise  
que  
inscr  
Cier  
siete  
sería  
ella  
los d  
es al  
pero  
tod  
pero  
pre  
de d  
ver  
de u  
el é  
que  
mon  
ca e

L  
con  
bre  
que  
nes  
aris  
Ras  
gra  
dea  
ver  
do  
por  
tac  
du  
de  
Te





## ESTUDIO DE MUJER, POR HONORATO BALZAC.

TRADUCCION DE D. JACINTO LABAILA.

La marquesa de Listomère es una de las jóvenes educadas en el espíritu de la Restauración de Francia. Tiene rectos principios; ayuna, comulga, y va muy compuesta al baile, á los Bufos y á la Ópera. Su confesor le permite mezclar lo sagrado con lo profano, y cumplir con la Iglesia y con el mundo. En su conducta hay bastante devoción para llegar á ser una Maintenon, según los devotos de los últimos días de Luis XIV, y es bastante mundana para poder adoptar igualmente las costumbres galantes de los primeros días de dicho reinado, si existiera otra vez. En la actualidad es virtuosa por cálculo, ó acaso por gusto. Casóse hace siete años con el marqués de Listomère, diputado con esperanzas de conseguir ser par de Francia, creyendo servir así á la ambición de su familia. Algunas mujeres esperan para juzgarla que su esposo sea par, ó que ella cumpla treinta y seis años, épocas de la vida en que la mayor parte de las mujeres se aperciben de que han sido chasqueadas por las leyes sociales. El marqués es un hombre bastante insignificante. Es hombre de corte, y sus cualidades son negativas como sus defectos; las primeras no alcanzan á darle reputación de virtuoso, y los segundos no consiguen darle esa especie de brillo que arrojan los vicios. Es diputado, y, aunque no habla, vota, y lo mismo hace en su casa que en la Cámara, por lo que pasa por el mejor marido de Francia. Aunque es poco susceptible de exaltarse, no riñe nunca más que cuando le hacen esperar. Sus amigos le llaman *tiempo cubierto*, porque en él no se encuentra ni luz viva ni oscuridad completa.

Para una mujer de principios rígidos era difícil caer en mejores manos; ¿qué más puede desear una mujer virtuosa que casarse con un hombre incapaz de hacer tonterías? Cuando éste ve á dandys impertinentes apretar ligeramente la mano de la marquesa, los mira con desprecio, y ellos sienten el peso de esa indiferencia insultante que, como los hielos en la primavera, destruye los gérmenes de las más bellas esperanzas. Los hombres hermosos, los de imaginación, los fátuos, los de sentimiento, los de fama, los de alta posición, todos, todos se han estrellado contra esa frialdad de la marquesa, que ha conquistado el derecho de hablar á solas y todo el tiempo que quiera con los hombres de más ingenio, sin que se inscriba su nombre en el álbum de la maledicencia. Ciertas coquetas son capaces de seguir este plan durante siete años para satisfacer más tarde sus fantasías; pero sería calumniar á la marquesa de Listomère suponer en ella esta segunda intención. No es fea ni hermosa; tiene los dientes muy blancos, la tez brillante y los labios rojos; es alta y bien formada; tiene el pie pequeño y flexible, pero no lo enseña; sus ojos no son apagados como casi todos los ojos parisenses, sino que brillan suavemente; pero derraman fuerte luz cuando ella se anima. Se comprende que existe alma al través de la forma que acabo de describir. Cuando la marquesa se interesa en la conversación, despliega una gracia oculta bajo la precaución de un exterior frío, y entonces es encantadora; no busca el éxito y lo encuentra, porque siempre se encuentra lo que no se busca. Esta idea es continuamente tan cierta, que un día quedará como proverbio. Esta idea será la moralidad, que no me permitiría referir si no fuese pública en París.

La marquesa de Listomère bailó hace cerca de un mes con un joven tan modesto como aturdido; con un hombre lleno de buenas cualidades, pero que no deja ver más que sus defectos; es apasionado, y se burla de las pasiones; tiene talento, y lo oculta, y hace el sabio con los aristócratas, y el aristócrata con los sabios. Eugenio de Rastignac, que así se llama, es uno de esos jóvenes de gran sentido que lo prueban todo, y que parece que sondan á los hombres para saber qué les ha de traer el porvenir. Esperando la edad de la ambición, se burla de todo; tiene gracia y originalidad, dos cualidades raras, porque se excluyen la una á la otra. Habló sin premeditación de obtener éxito con la marquesa de Listomère durante una media hora, jugueteando con los caprichos de una conversación entablada sobre la ópera *Guillermo Tell*, y en que llegaron al fin á ocuparse de los deberes

de las mujeres; había más de una vez mirado á la marquesa de tal modo que llegó á turbarla: después se despidió de ella y no la habló ya mientras duró la reunión; bailó con otras, jugó al ecarté, perdió, y se marchó á la cama: no pasó ni más ni menos que lo que cuento, sin añadir ni quitar nada.

Al día siguiente por la mañana, Rastignac se despertó tarde y permaneció en el lecho, entregándose á uno de esos desvaríos matinales en los que el hombre se desliza como un silfo por debajo de una cortina de seda, de cachemira ó de algodón; en esos momentos, cuanto más pesa el sueño sobre el cuerpo, más ágil se mueve el espíritu. Por fin, se levantó Rastignac, llamó á su criado y se hizo servir el té, del que bebió varias tazas, lo que no parecerá extraordinario á los aficionados; pero, para explicar el por qué á los que no aceptan el té como á la panacea de las digestiones, les diré que Eugenio escribía sentado cómodamente, descansando con frecuencia los pies sobre el morrillo de la encendida chimenea; pensar en esta posición, cuando uno se levanta y está en traje de casa, en sus amores, es sumirse en deliciosísimo estado.

Eugenio escribió una carta rápidamente, en ménos de un cuarto de hora; la dobló, la puso el sobre y la dejó sobre la mesa sin escribir nada sobre él. Escribió luego otra más larga, que empezó á las once y concluyó á medio día, llenándola por las cuatro páginas.

—Esa mujer se me sube á la cabeza, dijo, plegando la segunda epístola, poniéndola ante sí pensando en escribir la dirección cuando saliese del delicioso estado en que dije que se encontraba. Cruzó una sobre otra las dos faldas de su bata rameada, descansó los pies sobre un taburete, metió las manos en los bolsillos de su pantalón de cachemira rojo, se tendió en una mecedora, y continuó en ese estado de sonambulismo. No bebió más té y quedó inmóvil, sin remover siquiera las brasas de la chimenea, en lo que hizo mal; porque ¿no es un verdadero placer jugar con el fuego pensando en las mujeres?—Nuestra imaginación dá lenguaje á las pequeñas lenguas azuladas que se desprenden con frecuencia y que cuchichean dentro del hogar; remover el fuego, cuando se ama, ¿no es desenvolver materialmente el pensamiento?

En este momento entré en casa de Eugenio y en su habitación; al encontrarse conmigo me dijo:

—¡Gracias á Dios que te veo, mi querido Horacio!

—Vengo á verte, le contesté.

—Siéntate.

Eugenio tomó sus dos cartas, escribió las dos direcciones y llamó á su criado.

—Llévalas adonde indican los sobres, le dijo.

José se marchó con las cartas.

Nos pusimos á hablar de la expedición á la Morea, en la que yo deseaba ocupar una plaza de médico. Eugenio me lo quitó de la cabeza, probándome que hacía muy mal en salir de París, y seguimos hablando de cosas diferentes.

XL.

En cuanto la marquesa de Listomère se levantó de la cama, cerca de las dos de la tarde, su camarera Carolina le entregó una carta, que aquélla leyó, mientras ésta la peinaba. Imprudencia que cometen muchas mujeres.

*Querido ángel de mis amores, tesoro de mi vida y de mi felicidad:* al leer esas palabras, la marquesa pensó arrojarse la carta al fuego y quemarla; pero le ocurrió un capricho, que cualquier mujer virtuosa comprenderá fácilmente: el de ver cómo concluía de escribir un hombre que empezaba así, y... leyó la carta. Cuando terminó la lectura de la cuarta página, dejó caer los brazos sobre su falda, como una persona fatigada.

—Carolina, pregunta quién ha traído esa carta á mi casa.

—Señora marquesa, me la ha entregado el criado del señor baron de Rastignac.

Hubo una larga pausa.

—¿La señora quiere vestirse? preguntó la camarera.

—No.

—¿Ese hombre es muy impertinente! pensó interiormente la marquesa.

Suplico á todas las mujeres que hagan ellas mismas el comentario.

La marquesa terminó el suyo por la resolución formal de no volver á recibir á Rastignac y de tratarle con desdenoso desprecio si le encontraba en los salones que ambos frecuentaban; porque su insolencia era de tal magnitud, que no podía compararse con ninguna de las que la marquesa había perdonado. Al principio quiso conservar la carta; pero, después de reflexionar, la quemó.

—La señora recibió una declaración y la leyó, dijo Carolina á otra criada vieja.

—¿Nunca lo hubiera creído! respondió ésta asombrada.

Por la noche fué la marquesa á casa del marqués de Beauséant, en la que debía encontrarse quizás Rastignac, que era pariente lejano del marqués, por lo que bailó allí casi todas las noches.

Hasta muy tarde, la marquesa, permaneció en dicha casa, para atestiguar á Eugenio su desprecio; pero Eugenio no se presentó en ella en toda la noche. Un hombre de verdadero talento, Stendhal, ha tenido la caprichosa idea de llamar *cristalización* al trabajo que el pensamiento de la marquesa hizo antes de la reunión, en ella y después de ella.

Cuatro días después, Eugenio reñía á su criado.

—José, te voy á despedir por torpe.

—Señor, ¿qué es lo que he hecho?

—No haces más que tonterías: ¿dónde llevaste las cartas que te entregué el otro día?

José quedó anonadado al oír semejante pregunta, semejante á una estatua del pórtico de una catedral, permaneciendo inmóvil, enteramente absorbido por el trabajo de su imaginación. De pronto sonrió neciamente y dijo:

—Una era para la marquesa de Listomère, y la otra para el abogado del señor baron...

—¿Estás cierto de lo que dices?...

José volvió á quedar estupefacto, y yo tuve que mezclarme en la conversación, ya que por casualidad me encontraba también en casa de Eugenio, cuando éste entregó las cartas.

—José tiene razón, exclamé.

Eugenio se volvió hacia mí con rapidez.

—Leí las direcciones involuntariamente, y...

—Y una de ellas ¿no era para Mad. Nucingen?

—No, mi querido Eugenio; y tanto es así, que yo creía que tu corazón había saltado de una calle á otra.

Eugenio se dió una palmada en la frente y se sonrió, y entonces José comprendió que la falta no dimanaba de él.

Eugenio tomó como halagüeña para él la equivocación que haría reír á la marquesa de Listomère, y que la hacía dueña de una carta de amor que era para otra, y no quiso ir á visitarla hasta cuatro días después de esta aventura, dejando así *cristalizarse* los pensamientos en el cerebro de una mujer joven y virtuosa.

Pasados esos cuatro días, Eugenio llegó á casa de la marquesa, y cuando quiso subir, el portero le detuvo, diciéndole que la señora había salido. Cuando Rastignac subió en su carruaje para marcharse, el marqués, que entraba, le dijo:

—¿Dónde vais, Eugenio? mi mujer está en casa.

Perdonad al marqués; un marido, por bueno que sea, alcanza difícilmente la perfección. Al subir la escalera Eugenio, se apercibió entonces de todas las faltas de lógica social que se encontraban en este pasaje del hermoso libro de su vida. Cuando vió la marquesa á Eugenio, que entraba con su marido, se ruborizó. Eugenio observó este rubor súbito. Si el hombre más modesto conserva siempre un fondo de fatuidad del que nunca se despoja, como la mujer no abandona nunca su fatal coquetería, ¿quién podrá criticar á Eugenio porque exclamara en su interior: ¿También se rinde esta fortaleza?... Se infatuó, pues, porque, aunque los jóvenes no sean avaros, siempre desean aumentar su monedero con una medalla más.

El marqués de Listomère se apoderó de la *Gaceta de Francia*, que vió sobre la chimenea, y se colocó con ella en el hueco de una ventana, para adquirir, con la ayuda del periodista, una opinión sobre el estado de la Francia.

La mujer, por gazmoña que sea, nunca permanece perpleja mucho tiempo, por difícil que sea la situación en que se encuentre; parece que tenga siempre á la mano la hoja de higuera que heredó de nuestra madre Eva. Así, pues, cuando Eugenio, interpretando en favor de su vanidad la consigna dada por él al portero, saludó á la marquesa con notable intención deliberada, supo aquélla velar todos sus pensamientos con una de esas sonrisas femeninas más impenetrables que las palabras de un rey.

—¿Estais enferma, señora, que no queréis recibir á nadie?

—No.

—¿Ibais á salir quizás?

—Tampoco.

—¿Esperabais á alguno?...

—A nadie.

—Si es indiscreta mi visita, culpado al señor marqués. Marchándome, obedecía vuestra misteriosa consigna; pero él quiso introducirme en el santuario.

El marqués no es mi confidente. Siempre no es prudente enterar al esposo de ciertos secretos...

El acento firme y dulce á la vez con que la marquesa pronunció estas palabras, y la mirada imponente que lanzó á Rastignac, hicieron pensar á éste que había quizás hecho mal de envanecearse.





4. Vestido con túnica ligera.

5. Vestido para casino.

6. Vestido inglés para niña. (Patron: pliego por el revers, núm. XVII, figs. 51 á 55.)

7. Vestido con túnica para jovencita. (Patron: pliego por el revers, núm. XIII, fig. 40.)

4 A 11. TRAJES DE LA ESTACION.



9. Traje para baile.

10. Vestido princesa para soirée.

11. Traje nupcial. (Patron y explicacion: pliego por el derecho, núm. I, figs. 1 á 5.)



—Os comprendo, señora, contestó riendo, y debo felicitarme doblemente de haber tropezado con el marqués cuando salía de vuestra casa, ya que me facilita la ocasión de presentaros mi justificación; justificación que sería peligrosa no tratándose de vos, que sois la misma bondad.

La marquesa miró al baron de Rastignac con asombro; pero respondió con dignidad:

—El silencio debe ser la mejor de vuestras excusas; en cuanto á mí, os prometo completo olvido, perdon que no mereceis.

—Señora, replicó Eugenio vivamente; el perdon es inútil donde no ha habido ofensa. La carta, añadió en voz baja, que habeis recibido y que debe haberos parecido inconveniente, no estaba escrita para vos.

La marquesa sonrió, pero con violencia; hubiera querido haber sido ofendida.

—¿Por qué mentir? contestó ella con aire desdeñoso, pero con dulce voz. Despues de haberos reñido, yo misma reiré voluntariamente de vuestra estratagema, que no carece de malicia. Conozco muchas mujeres que la creerian verdad y exclamarían: ¡Oh, Dios! ¡Cómo la ama! La marquesa rió forzosamente al decir esto, y añadió con aire indulgente: Si deseais que quedemos amigos, no hablemos más de equivocaciones que no pueden engañarme.

—Os juro por mi honor, señora, que habeis sido engañada verdaderamente, contestó Eugenio.

—¿De qué hablais? preguntó el marqués, que hacía un momento que escuchaba la conversacion de su esposa y de Rastignac sin poder comprenderla.

—De nada interesante para tí, le contestó la marquesa.

El marqués de Listomère, volviendo á tomar el diario para continuar la lectura, dijo:

—La señora de Mortsau ha muerto, y tu hermano ha tenido que ir á Clochegourde.

—¿Sabeis, Eugenio, continuó diciendo la marquesa y volviéndose hácia éste, que acabais de decirme una impertinencia?

—Si yo no conociese vuestros rígidos principios, respondió éste ingenuamente, pensaria que me atribuíais ideas vedadas para mí, ó que tratábais de arrancarme mi secreto. Quizás, señora, pretendéis divertiros conmigo.

La marquesa sonrió, y esta sonrisa impacientó á Eugenio.

—No creais nunca en una ofensa que no he cometido; y deseo con toda mi alma que la casualidad no os haga descubrir en el mundo la persona á quien iba dirigida y debia haber leído esa carta.

—¿Acaso iria dirigida á la baronesa de Nucingen?... gritó la marquesa, con más curiosidad por descubrir este secreto que con ánimo de vengarse de los epigramas del joven baron.

Eugenio, al oír este nombre, se ruborizó; entonces era muy joven; es preciso tener más de veinticinco años para no ruborizarse al ver que nos reprochan la tontería de una fidelidad que las mujeres ridiculizan, para no darnos á entender que la envidian. Sin embargo, dijo con bastante sangre fria:

—¿Y por qué no?

Hé aquí las faltas que se cometen antes de cumplir los veinticinco años. Esta sincera confesion causó una emocion violenta á la marquesa; pero Eugenio no había aprendido todavía á analizar el rostro de la mujer, mirándole nada más á hurtadillas, ó de soslayo, y sólo palidecieron los labios de la marquesa, que tiró del llamador para pedir combustible para la chimenea, obligando así á Rastignac á levantarse para irse.

—Si eso es así, dijo entonces la marquesa de Listomère, deteniendo á Eugenio con aire frio y ceremonioso. os será muy difícil explicarme por qué casualidad vuestra pluma ha trazado mi nombre en el sobrescrito. El sobre de una carta no es como el sombrero de otro, que por aturdimiento equivoca uno y toma por el suyo al marcharse del baile.

Aturrullado Eugenio al oír esto, miró á la marquesa con aire fatuo y necio á la vez; comprendió que estaba en ridículo, balbuceó una frase de colegial y salió. Cuatro dias despues, la marquesa adquirió pruebas irrecusables de la veracidad de Eugenio. Hace diez y seis dias que ella ya no frecuenta el mundo.

El marqués dice á todos los que extrañan y le preguntan el motivo de ese cambio: Mi mujer tiene una gastritis.

Yo, que soy su médico y que conozco su secreto sé que ella sufre una crisis nerviosa, de la que se aprovecha para no salir de casa.

### UN RECUERDO.

Del pasado, recuerdos evocando,  
¡Que siempre son amargos para mí!  
Mi pensamiento rápido volando  
Fijóse un punto en tí.

Recordé, cual si viéndolo estuviera,  
¡Tan grabado en mi mente se quedó!  
Aquél día feliz de primavera  
Que tan presto pasó.

Yo sentado, á tu lado, sonreía,  
Sin dejar un momento de admirar  
Tu infinita belleza, y me decía:  
¡Ay, cuán dulce es amar!

Una flor de improviso desprendiste  
De su precioso tallo, y con pasión,  
Mostrándomela al punto, me dijiste  
"Toma mi corazón."

¡Toma mi corazón! razón tenias;  
Jamás igual comparacion se vió;  
Pues pasados que fueron breves dias,  
La flor se marchitó.

EDUARDO BRYANT.

### VERSOS DE ABANICOS.

#### I.

EN EL DE AUREA M.

¡Pretendes que aquí te alabe  
diciendo que eres hermosa,  
amable, buena y graciosa?  
pero eso ¿quién no lo sabe?  
Repara que el movimiento  
mis elogios borraría;  
de mis verdades haria  
palabras que lleva el viento.

#### II.

EN EL DE MI HIJA EMMA.

Quiero decirte una cosa  
que, aunque es vieja y muy sabida,  
torpe la mujer olvida:  
sé buena y serás hermosa.  
Poco vale la figura;  
la virtud gana la palma;  
que la hermosura del alma  
es la mejor hermosura.

TEODORO GUERRERO.

### MADRIGAL.

(IMITACION DE CETINA.)

Sonrisa dulce, suave, delicada,  
¿por qué te ocultas tras de ceño adusto?  
¿es acaso tu gusto,  
al ver el alma mia enamorada,  
hacerme padecer fiero tormento?  
Ríe un solo momento,  
sonrisa delicada,  
mas que vuelva á robarte ceño airado;  
que es tanto lo que estoy enamorado,  
que, dándome la vida tu sonrisa  
y la muerte tu ceño,  
es la verdad, Celisa,  
de que una vez sonrisas tengo empeño.

E. DE CORTÁZAR.

### DESPUES DE LEIDA LA TRAGEDIA SAFO, DE VICTOR BALAGUER.

Corazon africano, alma de fuego;  
tú que el amor retratas hoy de Safo  
como el rojo volcan del voraz Etna  
que en mar candente todo va trocando;

En tus amores debes ser un Júpiter;  
tus miradas serán ardientes rayos;  
¡Pobre gacela que halles al camino  
y fascinada caiga entre tus brazos!

LUISA DURÁN DE LEON.

### LOS DOS HERMANOS.

UNA FAMILIA DE ARTISTAS.

(Conclusion.)

Aquí las figuras eran dignas del cuadro: cada individuo habia recibido un traje á su medida, armonizando con su gusto y su fisonomía.

Unos, por lucirse su alta talla, vestían de ricos boyardos, amplios y costosos trajes de los pueblos sometidos al imperio del Renacimiento. Garzotas formadas de piedras preciosas las más raras adornaban sus magníficos turbantes.

Otros lucían el elegante traje de los cortesanos del tiempo del Renacimiento, llevando con infinita gracia la casaca sembrada de óvalos de raso blanco, el manto de corte bordado de oro, la toquilla con plumas graciosamente ladeada, y la espada de baile inofensiva y coqueta llevada á la corte de Francisco I.

Las mujeres, por su parte, no se quedaron atras en gracia y en buen gusto: llevaban unas el vestido cerrado que aprisionaba los talles de las damas de la corte de Carlos VII, con amplias y largas faldas que arrastraban por el suelo; el sombrero de punta, á lo Maria Estuardo, ó el adorno Fontange, compuesto de cintas del siglo precedente.

Otras llevaban adornos y trajes griegos, viéndose sus bellas cabelleras ondeadas reunirse al nacimiento del cuello, graciosamente enrolladas y torcidas atras; otras, en fin, parecia que habian pedido al Asia el traje de sus odaliscas, sus pantalones flotantes y sus toquillas de terciopelo bordadas de rubíes y de diamantes. Todas estaban encantadoras, y todas llamaban la atencion del rey, que se distinguía tanto por su belleza como por su elegancia, llevando en aquella noche el uniforme frances con el Cordon Azul.

Raul, por consejo de su hermana, llevaba un ligero traje de cazador, y ella misma vestía como las agrestes hijas de Helvecia, encantando á todos por su modesta sencillez.

No tenemos necesidad de añadir que la música, el baile, las conversaciones, un delicado buffet y deliciosos refrescos en los perfumados jardines fueron digno complemento á esta *soirée*, que fué la última de la estacion, dada en el palacio de Versalles.

Por la mañana cada uno estaba de regreso en París.

#### VI.

DOLOR DEL CORAZON.

Hortensia y Raul experimentaron un sentimiento de dicha inexplicable al encontrarse en la villa que encerraba su única afeccion, pues el doctor se encontraba entonces en otro hemisferio. El júbilo que se apoderó de sus corazones se parecia al que deben sentir las aves viajeras cuando tornan con las alas tendidas á su amado nido.

La marquesa tambien sintió una alegría inmensa al ver llegar á sus jóvenes amigos, deseando su compañía para disfrutar en el jardin de su palacio los hermosos dias de la florida estacion.

Ella, que no habia tenido la dicha de ser madre, se figuraba serlo al ver á Raul, que se ocupaba de ella sin cesar, sentado á sus pies y leyendo algun libro agradable, mientras ella acariciaba sus cabellos, y á su querida Hortensia, cuya más seria ocupacion parecia ser adivinar sus deseos para realizarlos lo más pronto posible, y que por complacerla dejaba los estudios musicales que le habian valido tantos aplausos, y tocaba con toda la pureza y alegría de que era capaz los antiguos aires que trasportaban á su anciana amiga á los dias de su juventud despues de tan largo tiempo pasado.

Toda otra sociedad le cansaba á la marquesa: interrumpidas sus *soirées* á causa de la estacion, no pensaba reanudarlas, porque la fatigaba la gente, y la sola visita que admitia era la del marqués de Hennicourt, su sobrino, que, aunque millonario ya, se acercaba á Madame Marsan en sus últimos dias, porque era su único heredero directo.

Un día que los cuatro se hallaban reunidos en el salon de la marquesa, donde M. de Hennicourt parecia ver con disgusto á los dos hermanos, hubo de manifestar aquél con indirectas su deseo de hablar á solas con la marquesa; los jóvenes, que le comprendieron, solicitaron permiso para ir á decir una palabra al jardinero, relativa al arreglo de un parterre.

Cuando la tia y el sobrino quedaron solos, éste, que habia resuelto sondear el terreno con respecto á la herencia convenida, le preguntó, pareciendo admirar el bello retrato pintado por Largillière:

—¿Me permitiréis, querida tia, preguntaros si habeis dispuesto ya en favor de alguno de este hermoso retrato?

—Encuentro la pregunta algo impertinente, articuló la anciana señora con una especie de ironía: ¿en favor de quién podia yo haber dispuesto?

—¿Señora!... yo no sé... os lo he preguntado porque me pareció haber notado que ese M. Raul, vuestro protegido, bajo pretexto de sus conocimientos en el arte desearia poseerle.

—Ni M. Berghem ni su hermana han manifestado jamás semejante deseo, á pesar de verme persuadida de su afecto sin límites y de su reconocimiento, y de conocer el extremado cariño que les profeso; pues, al protegerlos, me he hecho á mí misma más dichosa cien veces que á ellos. Esos dos nobles jóvenes me aman, y mi solo afecto es lo que desean. Yo bien veo que vos, no sólo no los amais, sino que los acusais de falta de delicadeza y de codicia.

Estas palabras fueron pronunciadas en un tono tan seco que hicieron reflexionar al marqués.

—¿Quién habla de codicia? exclamó con aire ofendido... eso no lo he dicho...

—¡Ah! y ¿cómo sería una falta de caridad imperdonable, dijo la marquesa irritada, venir á preguntarme á mí, pobre vieja al borde del sepulcro, quién ha de poseer un objeto, cualquiera que sea, despues de mi muerte?

El marqués se mordió los labios; habló de otra cosa, y salió del salon con aire pensativo, cuando los jóvenes entraron llevando para su protectora las más bellas flores del jardin.



—¿Sabéis lo que quería mi sobrino? dijo Mad. Marsan, que parecía muy conmovida; su deseo era que le prometiese ese retrato mio, que hizo en mi juventud Largillière. Él pensó, según me ha dicho, que vos me habríais hecho ya igual demanda, y que yo os le habria prometido.

El hermano y la hermana se miraron con profundo asombro; despues miraron con ternura á su bienhechora.

—Aunque ese retrato es una obra maestra, dijo Raul, y yo fuera dueño de elegir, no sería ése el que me llevase, sino el otro.

—¡Amor propio de artista!... dijo la marquesa.

—Eso es muy natural, contestó Raul sin reflexionar; no es porque sea obra mia, sino porque os representa á nuestros ojos tal y conforme os conocimos, tal como os amamos, mientras que el otro... ¡ah! si vos dejáseis la eleccion á un artista que no os hubiese conocido, la eleccion no sería dudosa, pues se dejaría llevar por el valor artístico... pero yo... y Raul se volvió hácia el retrato que habia hecho el año último con el traje que llevaba habitualmente la anciana señora, pero yo prefiero éste.

Los labios de la marquesa murmuraron algunas palabras que no se oyeron; despues estrechó la mano de la pobre Hortensia, que sufría visiblemente con esta conversacion.

—Y tú, hija mia, dijo, tuteándola por la primera vez; ¿qué elegirías entre tantas cosas como puedo ofrecerte?

—Lo que más deseo, ya lo tengo, respondió á media voz; y en cuanto á lo demas, Raul conoce mi corazon como yo misma, y ha elegido por los dos.

—Ésa nó es respuesta, dijo la marquesa; yo quiero que aceptes alguna cosa mia, esos pequeños regalos que sirven de entretenimiento á la amistad.

—La mia no tiene necesidad de eso; pero si vos lo quereis, voy á proponeros un cambio, dijo Hortensia, quitándose del dedo un magnifico anillo de brillante, que le habia regalado el rey cuando las fiestas de Versalles. Vos amais todo lo que procede de S. M. Luis XV, que habeis tenido sobre vuestras rodillas cuando era niño, y yo amo todo lo que proviene de vos: dadme, pues, el anillo que llevais, y tomad éste; será recuerdo por recuerdo.

—Pero tú no puedes hacer eso; ese anillo es un regalo regio, es una prenda satisfactoria, una prueba de tu talento.

—Y éste, dijo Hortensia con voz tierna, es una prueba de vuestro afecto.

Y hablando así Hortensia, efectuaba con la marquesa, que la dejaba hacer, el alegre cambio.

Dos años pasaron todavía. La marquesa, demasiado débil para levantarse, no dejaba el lecho hacia algunos meses. Un dia quiso que la llevaran en su gran sillón de ruedas cerca de la ventana, y allí espiró dulcemente en brazos de sus jóvenes amigos, que recibieron, arrodillados y cubriendo de besos sus heladas manos, su última bendicion.

## VII.

## EL TESTAMENTO.

Algunos dias despues de la muerte de Mad. Marsan, el marqués de Hennicourt y los dos jóvenes artistas fueron mandados llamar por el notario encargado de abrir el testamento.

La lectura debia hacerse en el salon mismo de la marquesa, donde se hallaban reunidos.

—Conforme con las órdenes de la difunta, dijo el notario, debo proceder ante todo á la disposicion de dos legados particulares, entre los cuales el señor marqués, en su calidad de pariente, tiene el derecho de eleccion.

En el uno, y el notario designaba con la mano todas las cosas que iba enumerando y que estaban separadas del resto y colocadas en una esquina del salon; en el uno, la marquesa ha querido que se coloquen el buró de palo de rosa en el cual escribia, su mesita de labor con la tapicería sin concluir, sus tijeras, sus gafas, su dedal, su tabaquera, su gran sillón de ruedas, sin olvidar el taburete en que ponía los piés, y el retrato de ella hecho por M. Berghem.

El segundo legado contiene los diamantes, la vajilla de plata, los caballos, los coches y el retrato pintado por Largillière.

Ahora elegid, señor marqués, pues os repito que la difunta lo dejó ordenado así, mandando que se entregue á M. Berghem y á su hermana el que vos rehuséis. Elegid, pues, y firmad aquí vuestra aceptacion.

—¡Mi eleccion está hecha!... exclamó el marqués en tono de triunfante júbilo, firmando vivamente.

A la señorita, continuó en tono chocarrero, las gafas, la tapicería empezada, el dedal y el sillón de ruedas; á M. Berghem el retrato que hizo de mi tia, que será en su taller una muestra de su talento.

—Gracias, señor, dijo con sencillez el joven pintor; nos dais lo que hubiéramos elegido; y su mano buscó la de Hortensia, que le respondió con una mirada elocuente y con una sonrisa llena de lágrimas.

—Entónces, replicó el notario, sólo me resta haceros conocer diferentes legados que Mad. Marsan deja á sus pobres, y á sus criados, y á una antigua amiga que vive en provincia, á la cual daba una pension que debe continuársele. El resto de su fortuna debe ser entregado á su heredero universal.

—Y ¿quién es? preguntó el marqués con un tono que anunciaba estar plenamente persuadido de que lo era él mismo y que lo preguntaba por mera fórmula. ¿Quereis decirnos su nombre? añadió, tirando de sus puños y haciendo desaparecer con un soplo algunos granos de tabaco que habian caído sobre los encajes; tengo curiosidad por saber quién poseerá sus fincas, sus castillos y este magnifico palacio.

—Todo esto pertenece á la señorita y al señor, dijo el notario, saludando á Hortensia y á Raul; el dinero, las fincas, los castillos y este palacio, con todo cuanto contiene, debe ser agregado según la voluntad de la testadora, á las gafas, á la tabaquera, al dedal, á la tapicería empezada y al sillón de ruedas.

El marqués saltó sobre su asiento. Los dos hermanos se miraron con asombro.

—El resto, añadió el notario con glacial indiferencia, es lo que habeis elegido.

—¡Ah! ¿podría yo adivinar!...

M. de Hennicourt no acabó; pero, despues de haberse dado una palmada en la frente, exclamó:

—Ésta ha sido una infamia, una perfidia indigna.

—Vos sois ya rico por vos mismo, y además lo habeis elegido así, dijo el notario.

El marqués no respondió, porque ni aún habia oído lo que le dijo.

Hortensia ignoraba, como él, aquella disposicion, y su único pensamiento se consagraba á la que debia vivir en su memoria eternamente. Así fué que, con sorpresa y lágrimas en los ojos, escucharon las disposiciones testamentarias y las palabras del notario, que les iba haciendo entrega de todas aquellas riquezas que habian debido á su generosidad y á sus virtudes.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## LA CASA DE VECINDAD.

## I.

Mis bellas y amables lectoras: voy á deciros algo en sencillez y familiar estilo, de lo que fué en tiempo de nuestros padres la antigua casa vecinal de la coronada villa de Madrid, y lo que hoy dia son las habitaciones donde se aglomeran los hijos del luminoso y alegre siglo en que vivimos. Supongo que la mayor parte de vosotras, ocupadas durante el dia en las labores propias de vuestro delicado sexo, y no conociendo á la corte de España más que por el lado bonito ó deslumbrador ropaje de sus amenas diversiones en teatros, soirées y paseos, apenas sabreis lo mal acondicionadas que están muchas casas, y yo os lo diré, simpáticas lectoras, por estar dedicado con mi profesion de arquitecto á hacer casas buenas, bonitas y baratas... hasta donde sea posible. Principio mi tarea suplicandome acompañeis con la imaginacion, y si encontráis útiles y dignas de aprenderse mis observaciones, recompensareis con creces mi modesto trabajo. Pues, señor, ó señoras mias (y no va de cuento), allá, en los tiempos de antaño, habia calles sucias, mal alumbradas y de feo aspecto las casas, según puede observarse todavía en los barrios bajos y extremos de Madrid. Entónces las fachadas estaban sencillamente revocadas de color amarillento, nó siempre agradable, ó tambien de color rojizo, imitando á paredes de ladrillo. Los balcones, donde lucian peinetas y blancas mantillas las manolas del tiempo del afamado pintor Goya, tenían un rodapié de madera detras de los hierros lisos del balcón, al que acompañaban un par de anchas hojas de persiana, pintarrajeadas de color de chocolate ó de verde-lechuga, que sin duda era el gusto reinante en la época de los *lechuquinos* y *pisaverdes*, hoy dia degenerados en los *gomosos* ó *pollos sietemesinos*. En los tiempos que corren, ya por medio del tramvía, del ferro-carril, vapores ó hilos eléctricos, se construyen casas más bonitas por afuera y aún por dentro; pero en cambio los alquileres *andan por las nubes*, y un honrado padre tiene que guaracarse en compañía de su esposa, una docena de hijos, nodriza y domésticos, por ejemplo, en un *cuartito* próximo al firmamento, distribuido en piezas, más bien arregladas al tamaño de las muñecas, que nó al de los sufridos inquilinos.

Si entre vosotras las hay muy *hacendosas* y *amigas de tener una buena casa*, según alcanzen los recursos de la familia, habeis de convenir conmigo que en Madrid está mal alojada la clase média, y apenas tiene albergue me-

dio regular la clase pobre de la sociedad. ¿De qué sirve que haya almas virtuosas que, inspiradas por la caridad, socorran al infeliz en los infernales sotabancos ó lóbregos é inmundos cuartuchos, donde viven asquerosamente mezcladas personas de diferente sexo, edad y condiciones? Hace mucha falta que la mujer rica y la más humilde de fortuna trabajen para influir en el ánimo de todos que no puede haber buenas costumbres, salubridad y cómoda vida si no es levantando nuevas casas con pocos pisos para no fatigar los pulmones; que haya luz, aire é higiene en la morada humana; que disfrute relativamente tanto el pobre en su casita pequeña, limpia y económica como el potentado que hace gala de sus ricas mansiones, decoradas con todo el aparato, lujo y esplendor que se ostentan en los palacios.

No hace muchos años principiaron á levantarse las casas del nuevo barrio de Salamanca. ¿Qué preferis mejor, vivir allí, lejos del barullo de la corte y en casas muy ventiladas y de alegre luz, ó estar encerradas en una oscura casa del centro de Madrid, y en calle estrecha, de aspecto triste y con aire viciado por la mucha aglomeracion de personas en apiñados cuartos y habitaciones? En cambio sé que muchos prefieren por sus ocupaciones una casa céntrica á tener que irse á un *destierro*, como nos dicen á los que vivimos tambien en el hermoso barrio de Argüelles, que es más pintoresco y ventilado que el de Salamanca. En éste, dicen los que le habitan, que son muy molestas las escaleras de caracol, y tienen razon sobrada: yo puedo asegurar que casi me dá una especie de baile de San Vito cuando bailan bajo los piés aquellos peldaños estrechos junto á la barandilla y naturalmente anchos junto á la pared curva. Tampoco es agradable ver tantas casas cortadas por el mismo patron, sin variedad de adornos y formas; pero son espaciosas las habitaciones, y esto ya es una mejora.

Conviene que, nó sólo aprenda la mujer que es el ángel tutelar del hombre, según la enseñan de niña en el colegio, sino que debe fijarse tanto como en el vestido y buen parecer en la eleccion de casa con el mayor número de comodidades, porque así tendrá siempre contento á su esposo, y en general la vida de familia podrá desarrollarse debidamente, teniendo por guía el amor, el buen juicio y una prudente economía. A los diminutos piés de las bellas lectoras de EL CORREO DE LA MODA, y me despido como vuestro mejor amigo,

MIGUEL MARTINEZ GINESTA.

Solucion á las charadas que han aparecido en el número 25 de EL CORREO, correspondiente al 2 de Julio, por las Stas. Doña Catalina Mártes, de Lináres; Doña Maria Padró, viuda de Espinal, de Manresa; Doña Catalina Nieto, de Madrid; Doña Fernandina Lopez, de Buitrago; Doña Susana Mendoza, de Toledo; Mad. Parain, de Tolosa (Francia); Doña Amalia Castro, de Sevilla; Doña Sofia Perells, de Valencia; Doña Justa Tormo, de Játiva; Doña Salvadora Treserra, de Girona; Doña Basilia Sanchez, de Ternel; Doña Teresa Garcia, de Logroño, y los Sres. D. Nicolas Garcia Lopez, de Madrid; D. Juan José Lonstan Valle, de Valencia de Alcántara; D. Benigno Tondreiros, de Tarragona; D. Eusebio Villena, de Valladolid, y D. Benito Janer, de Alicante. A la 1.ª, Doña Luisa Gramunt de Fuer, y á la 2.ª, D. Manuel Fuer, ambos de Balaguer.

## I.

CANASTILLO.

## II.

VERDEROL.

## CHARADAS.

## I.

Cuatro notas musicales  
En sí encierra esta charada,  
Y el todo es un adjetivo  
Que á la verdad no me agrada.

CONSUELO CASTRO Y VALDÉS.

Figuéras de Asturias.

## II.

La primera no se dice;  
Mi primera y dos no ve;  
Dos y terciá sí que luce;  
En un todo bien se lee.

CATALINA NIETO.

## III.

A casa de una dos fui  
Ayer ya cerca de noche,  
Y me dijo queria ir  
A dar un paseo en coche.  
Como tres una en tal caso  
Yo lo sé por experiencia,  
A su natural deseo  
No opuse gran resistencia.  
Se vistió de colorines  
Porque es muy dos repetida,  
Tanto que ha buscado un aya  
De la dos prima amarilla.  
Nos dirigimos al todo,  
Porque me dijo queria  
Ver una ciudad tan bella  
Y de tanta nombradía.

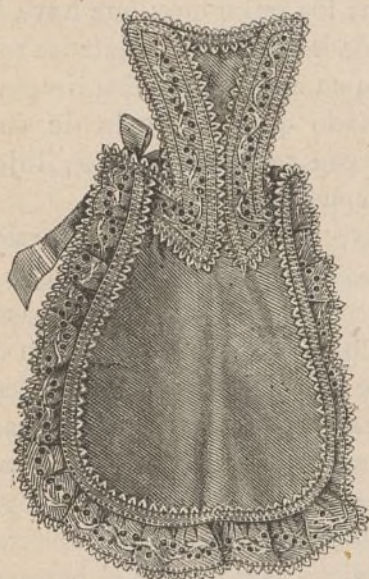
Sevilla.

ANA RUIZ.



## CORRESPONDENCIA.

A Elisa P.—Valladolid.—Envío a V. el precioso tomo *Fábulas en acción*, de Teodoro Guerrero. Cuando usted lo lea, comprenderá los beneficios que puede alcanzar en el desarrollo moral de sus hijos, haciéndoles representar las comeditas que Guerrero ha escrito para los niños y para los jóvenes. Es un libro origi-



12. Delantal para niña. (Patron y bordado: pliego por el revers, núm. XIX, figs. 61 y 62.)

nal, que hacía mucha falta, de provechosa enseñanza para todas las edades, pues creo que los hombres y las mujeres, tanto ó más que los niños, necesitan hoy leer buenos libros.

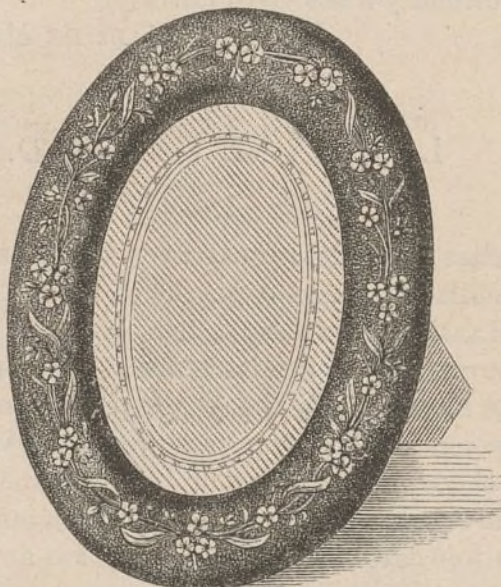
*Coralia.*—Dicen que el mejor preservativo contra los mosquitos es hacer uso de la siguiente receta publicada por M. Capron, cirujano de Terra-Nova, en donde abundan estos incómodos insectos.

Se toman 4 onzas de aceite y se hace hervir en él, por espacio de cinco minutos, una pulgarada de hojas de ajeno; se cuele, esprimiéndolas hojas, y se hace disolver en el mismo aceite un cuarto de onza de alcanfor. Basta untarse la cara y las manos con esta mezcla al acostarse, y los mosquitos, lejos de molestarnos, huirán hasta de la habitación.



14 Á 16. TRAJES PARA NIÑOS.

14 y 15. Vestido breton para niña. (Patron: pliego por el revers, núm. XII, figs. 42 á 45.)  
16. Traje completo, para niño. (Patron: pliego por el derecho, núm. IV, figs. 12 á 19.)



17. Marco para fotografías. (Véase el núm. 18.)



18. Guirnalda bordada al pasado, para el marco núm. 17.



21. Camiseta para el cuerpo-blusa núms. 19 y 20. (Patron: pliego por el revers, figs. 35 á 37.)



19. Traje para casa con cuerpo-blusa. (Patron: pliego por el revers, núm. IX, figs. 29 á 37.)

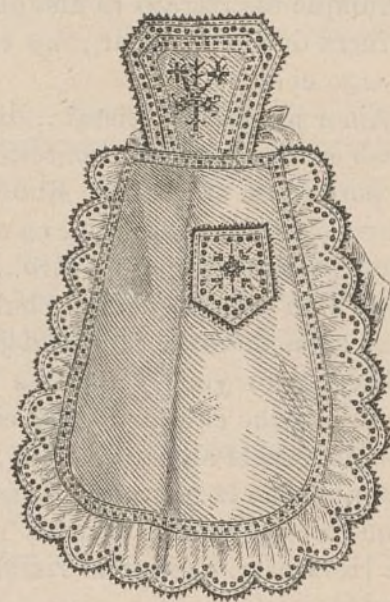


20. Traje para casa con cuerpo-blusa, visto de espaldas. (Patron: pliego por el revers, núm. IX, figs. 29 á 37.)

## Explicacion del figurin 2.277.

## TRAJES ELEGANTES DE VERANO.

FIG. 1.<sup>a</sup>—Está combinado con seda azul oscuro liso y tela de moda *cuadrillé*. La falda lleva plisés alternados de ambas telas y la túnica va adornada todo alrededor con fleco de espuma y guarnecida con lazos de



13. Delantal para niña. (Patron: véase el del núm. 12.)

faya azul. El cuerpo lleva en el centro de atrás una pieza azul que termina al abrirse la parte de atrás en dos faldones de frac, cubierta su terminación con un lazo azul. La limosneta, tableada, es de ambas telas y finaliza con un lazo. Sombrero de paja cubierto de musgo y adornado con cintas que armonizan con la túnica.

FIG. 2.<sup>a</sup>—Tan elegante como el primero es este traje; de faya negra la falda, con dos volantes ribeteados de encarnado y túnica jaspeada, sin mangas, adornada por delante con una tira negra realzada con botones encarnados y solapas encarnadas. Las mangas, negras, llevan por abajo dos volantes negros ribeteados de encarnado y carteras jaspeadas. Camiseta y mangas de encaje. Sombrero de faya y encaje negro con lazos y caídas encarnadas. Guantes grises.



18 de Julio de 1877

Persecho

Explicación de 8 patrones cuyos grabados aparecen en los números 27 y 28 de El Correo, correspondientes á los días 18 y 20 de Julio.

Núm. I. — Vestido princesa con cola posita.

Fig. 1. — Delantero. Línea de puntos para la abertura oblicua (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 2. — Costado (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 3. — Delantero y segunda parte de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 4. — Segunda parte de la espalda (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 5. — Manga (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 6. — Cuello de tamaño reducido de todas las partes unidas del patron. Fig. 7. — Cuello de tamaño reducido de todas las partes unidas del patron. Fig. 8. — Cuello de tamaño reducido de todas las partes unidas del patron.

Núm. II. — Cuello y manga para otro cuerpo-polo.

Fig. 9. — Cuello. Fig. 10. — Cuello de la manga cuadrada (2 1/2).

Núm. III. — Traje para niño de 6 á 8 años.

Fig. 11. — Mitad del pantalón (O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 12. — Mitad del cuerpo interior (U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 13. — Delantero de la chaqueta (U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 14. — Costado (U, V, W, X, Y, Z).

Fig. 15. — Espalda (W, X, Y, Z).

Fig. 16. — Manga (3 1/2).

Fig. 17. — Mitad del cuello marino (4, 5).

Núm. IV. — Cuerpo blusa con cuello marino para niña de 4 á 6 años.

Fig. 18. — Mitad de la chaqueta (a, b, c, d, e, f, g, h, i, j, k, l, m, n, o, p, q, r, s, t, u, v, w, x, y, z).

Fig. 19. — Manga (a, b, c, d, e, f, g, h, i, j, k, l, m, n, o, p, q, r, s, t, u, v, w, x, y, z).

Fig. 20. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 21. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 22. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 23. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 24. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 25. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 26. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 27. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 28. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 29. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 30. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 31. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 32. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 33. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 34. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 35. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 36. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 37. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 38. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 39. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 40. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 41. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 42. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 43. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 44. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 45. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 46. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 47. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 48. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 49. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 50. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 51. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 52. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 53. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 54. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 55. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 56. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 57. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 58. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 59. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 60. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 61. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 62. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 63. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 64. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 65. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 66. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 67. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 68. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 69. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 70. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 71. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 72. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 73. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 74. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 75. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 76. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 77. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 78. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 79. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 80. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 81. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 82. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 83. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 84. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 85. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 86. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 87. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 88. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 89. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 90. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 91. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 92. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 93. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 94. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 95. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 96. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 97. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 98. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 99. — Mitad del cuello marino (g, h).

Fig. 100. — Mitad del cuello marino (g, h).



